

Entrelineas

Soy un pecador (y «Rayuela» me pena)

HUGO F. BATES

Coco que he leído todos los libros de cuentos de Cortázar. Tengo varios de ellos en mi biblioteca y los que no tengo me los ha prestado mi amigo español, el joven Barnes. Lejos, Cortázar es el autor argentino (y de cualquier nacionalidad) que más he leído, pero aún no he podido terminar Rayuela y eso me pena.

A principios de este año prometí saldar mi deuda con los escritores trasandados. La vigilia era primero terminar con Cortázar y luego introducirme en los demás autores. Tomé Rayuela y leí de sopetón las diez primeras páginas. Hasta ahí me llegó el entusiasmo. Los personajes me encantaron, pero estché de menos una historia, algo que mantuviera la tensión. Todo el mundo adora a Rayuela (sobre todo Barnes: es una especie de libro sagrado para él) y la encuentran una de las mejores novelas del siglo pasado. Imagino que debe ser así y por eso me da tanta lata no poder enganchar con esa novela. Me tomé un respiro, me dije, y dejé el libro en un lugar privilegiado de la biblioteca (me explico: en el centro, a medio altura y sin libros a los costados). El respiro resultó ser El beso de la mujer araña, de Puig. Anduve sonriendo todo el resto del día. Anoté en mi agenda que también debía leer Boquitas pintadas. Me han contado que esta novela es insuperable, pero como debía continuar con mi lista de escritores argentinos.

Le conté al joven español sobre mi problema cortazariano y él me dijo que me lo tomara con calma. "Rayuela en algún momento te atrapa", sentenció. Regresé un poco más tranquilo a casa. Cada vez que pasaba por la biblioteca tomaba la mentada novela, le daba unos hojuelos y la devolvía a su sitio. Ya se me pasó, pensaba. Leí La serpiente, de Aina.

Es cierto que sonrei mucho menos que con la novela de Puig, pero no me quejé. Aina es un autor original e interesante. A lo mejor mi problema es que Rayuela tiene demasiadas páginas, pensé, y agarré la novela-novela de Aina Ibarra, El pasado. La leí, sonrei mucho e inmediatamente me puse serio. El problema no es la longitud del relato, me dije con el mismo pesar que siente un doctor al ver que no puede diagnosticar cierta enfermedad. Me hace falta un café y una larga ducha, me dije frente al espejo y con la cara empapada en agua.

"Si te consideras un buen lector", empezó diciendo mi amigo, "no puedes dejar de leer Rayuela". Yo asentí. "Y peor aun si eres escritor, es un pecado capital, osténdelo. Los dicen-

la cabeza, bebí un poco de café y me padece al hombre antes de relata- se a escribir el final de su segunda novela. Lo miré por el ventanal, se veía silenciosista, chameó y cambiaba sorpresivamente a cada cinco minutos con algún otro trascendente. No lo culpo, pensé, después de todo está terminando una novela. Pagé a una librería y rompí el paquete rabioso, de Aina. En la noche, luego de que mi familia se durmiera, me senté en el comedor con los libros de Cortázar y Aina sobre la mesa. Leí diez páginas de Rayuela y casi sin darme cuenta empecé a hojear el otro libro. Luego de terminar la novela de Aina me pegué diez cuberos sobre la cubierta de la mesa por no haberla leído antes. Seguro que me habría ayudado mucho en mi primera novela.

Anoté en mi agenda que debí leer todo lo de Aina, de Puig, de Pauls y, por si menos, otro par de libros de Aina. Y en eso estoy, acumulándome libros de esos autores argentinos y apilándolos sobre mi escritorio. Desde hace un mes, cada vez que apago la lámpara y apuro mi cabeza sobre la almohada, escucho un par de voces al interior de la pieza. Mi esposa jamás se ha despedido con un talido así que supongo que sólo yo lo escucho. No distingo lo que dicen, pero sé al con certeza quiénes son los parlantes: el joven Barnes y el maestro Cortázar. Hoy, con la esperanza de que los molestos voces se callen, he pensado de gruta que para las vacaciones de verano me ponga al día con Rayuela; además, y por si acaso, escribiré en mi agenda: Yo amo a la Mega.

Espero que estas cosas funcionen o si no tendré que dormir con la luz encendida durante mucho tiempo.

Rayuela

des no te deparé tranquilo", agregó con los ojos inyectados en sangre. Me estremecí. Le prometí intentarlo "nuevamente", pero aclaré que un poco quería abandonar la lectura de otros autores argentinos. Se rascó



Soy un pecador [artículo] Roberto Fuentes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuentes Hurtado, Roberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Soy un pecador [artículo] Roberto Fuentes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa